

Kant

...el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mi...

Alrededor de medianoche Albert Knag llamó por teléfono a casa para felicitar a Hilde en su decimoquinto cumpleaños.

La madre cogió el teléfono,

-Es para ti, Hilde.

-Soy papá.

-Estás loco. Son casi las doce.

-Sólo quería felicitarte.

-Me has estado felicitando todo el día.

-...pero quería esperar para llamar a que hubiese acabado el día.

-¿Por qué?

-¿No has recibido el regalo?

-Ah, sí. ¡Muchísimas gracias!

-No me tortures. ¿Qué te ha parecido?

-Impresionante. Casi no he comido en todo el día.

-Tienes que comer.

-Sí, pero es tan emocionante,..

-¿Hasta dónde has llegado? Me lo tienes que decir, Hilde.

-Entraron en la Cabaña del Mayor porque tú empezaste a incordiarles con aquel monstruo marino.

-La Ilustración.

- Y Olympe de Gouges.

-Entonces no me he equivocado mucho después de todo.

-¿Cómo «equivocado»?

Creo que sólo queda ya una felicitación. Pero ésa, en cambio tiene musica.

Leeré un poco en la cama antes de dormirme. -
¿Entiendes algo?

-He aprendido más hoy que... que en toda mi vida. Es increíble que ni siquiera hayan pasado veinticuatro horas desde que Sofía volvió del colegio y encontró el primer sobre.

-Pues sí. es curioso lo poco que hace falta.

-Pero ella me da un poco de pena.

-¿Quién? ¿mamá?

-No, Sofia claro.

-Ah...

-Está completamente desconcertada, la pobrecita.

-Pero ella sólo es... quiero decir...

-Quieres decir que simplemente es alguien inventado por tú.

-Algo así, sí.

-Yo creo que Sofia y Alberto existen.

-Hablaemos más cuando llegue a casa.

-Vale.

-Que tengas un buen día.

-¿Qué has dicho?

-Quiero decir, buenas noches.

-Buenas noches.

Cuando Hilde se acostó media hora más tarde, aún había tanta luz fuera que podía ver el jardín y la bahía. En esta época del año, apenas se hacía de noche.

Se imaginó que estaba dentro de un cuadro colgado en una pared de una pequeña cabaña del bosque. ¿Era posible asomarse desde ese cuadro y mirar lo que había fuera?

Antes de dormirse siguió leyendo en la carpeta grande de anillas.

Sofía volvió a dejar la carta del padre de Hilde sobre la repisa de la chimenea.

-Lo de las Naciones Unidas puede ser muy importante -dijo Alberto-, pero no me gusta que se meta en mis explicaciones.

-No te lo tomes muy a pecho.

-A partir de ahora ignoraré pequeños fenómenos como monstruos marinos y cosas así. Vamos a sentarnos aquí delante de la ventana. Te hablaré de Kant.

Sofía descubrió un par de gafas sobre una pequeña mesa entre dos sillones. También se dio cuenta de que las dos lentes eran rojas. ¿Eran una especie de gafas de sol?

-Son casi las dos-dijo-. Tengo que estar en casa antes de las cinco. Mamá seguramente tiene planes para el cumpleaños.

-Entonces tenemos tres horas.

-Empieza.

-Immanuel Kant nació en 1724 en la ciudad de Königsberg, al este de Prusia. Era hijo de un

guarnicionero. Vivió casi toda su vida en su ciudad natal, donde murió a los 80 años. Venía de un hogar severamente cristiano. Muy importante para toda su filosofía fue también su propia religiosidad. Para él, como para Berkeley, era importante salvar la base de la fe cristiana.

-De Berkeley ya he oído bastante, gracias.

-De todos los filósofos de los que hemos hablado hasta ahora, Kant fue el primero que trabajó en una universidad en calidad de profesor de filosofía. Es lo que se suele llamar un «filósofo profesional».

-¿Filósofo profesional?

-La palabra «filósofo» se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por «filósofo» se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un «filósofo» también puede ser un experto en filosofía, sin que él o ella haya elaborado necesariamente una filosofía propia.

¿Y Kant fue un filósofo profesional?

Era ambas cosas. Si solamente hubiera sido un buen profesor, es decir, un experto en los pensamientos de otros filósofos no habría llegado a

ocupar un lugar en la historia de la filosofía. Pero también es importante tener en cuenta que Kant tenía profundos conocimientos de la tradición filosófica anterior a él. Conocía a racionalistas como Descartes y Spinoza, y a empiristas como Locke, Berkeley y Hume.

-Te dije que no me volvieras a mencionar a Berkeley.

-Recordemos que los racionalistas pensaban que la base de todo conocimiento humano está en la conciencia del hombre. Y recordemos también que según los empiristas todo el conocimiento del mundo viene de las percepciones. Además Hume señaló que existen unos límites muy claros para las conclusiones que podemos sacar de nuestras sensaciones.

-¿Con quién de ellos estaba de acuerdo Kant?

Opinaba que ambos tenían algo de razón, pero también opinaba que los dos se equivocaban en algo. Lo que les ocupaba a todos era: ¿qué podemos saber del mundo? Esta pregunta filosófica era común en todos los filósofos posteriores a Descartes. Se mencionaron dos posibilidades: ¿el mundo es exactamente como lo percibimos? ¿O es como se

presenta a nuestra razón?

-¿Y qué opinaba Kant?

-Kant opinaba que tanto la percepción como la razón juegan un importante papel cuando percibimos el mundo. Pero pensaba que los racionalistas exageraban en lo que puede aportar la razón, y pensaba que los empiristas habían hecho demasiado hincapié en la percepción.

-Si no me pones pronto un buen ejemplo, todo queda en simple palabrería.

-En principio Kant está de acuerdo con Hume y empiristas en que todos nuestros conocimientos sobre el mundo provienen de las percepciones. Pero, y en este punto les da la mano a los racionalistas, también hay en nuestra razón importantes condiciones de cómo captamos el mundo a nuestro alrededor. Hay ciertas condiciones en la mente del ser humano que contribuyen a determinar nuestro concepto del mundo.

-¿Eso ha sido un ejemplo?

-Hagamos mejor un pequeño ejercicio. Coge esas gafas que están en la mesa. Muy bien. ¡Y ahora pónelas!

Sofía se puso las gafas. Todo se coloreó de rojo a su alrededor. Los colores claros se volvieron color rosa, y los colores oscuros se volvieron rojo oscuro.

-¿Qué ves?

-Veo exactamente lo mismo que antes, sólo que todo está rojo.

-Eso es porque las lentes ponen un claro límite a cómo puedes percibir la realidad. Todo lo que ves proviene del mundo de fuera de ti, pero el cómo lo ves también está relacionado con las lentes, ya que no puedes decir que el mundo sea rojo aunque tú lo percibas así.

-Claro que no...

-Si ahora te dieras un paseo por el bosque, o si te fueras a casa, verías todo de la misma manera que lo has visto siempre. Sólo que todo lo que verías estaría rojo.

-Mientras no me quite las gafas.

-Así, Sofia, exactamente así, opinaba Kant que hay determinadas disposiciones en nuestra razón, y que estas disposiciones marcan todas nuestras percepciones.

-¿De qué clase de disposiciones se trata?

Todo lo que vemos lo percibiremos ante todo como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Kant llamaba al Tiempo y al Espacio «las dos formas» de sensibilidad» del hombre. y subraya que estas dos formas de nuestra conciencia son anteriores a cualquier experiencia. Esto significa que antes de experimentar algo, sabemos que sea lo que sea, lo captaremos como un fenómeno en el tiempo y en el espacio. Porque no somos capaces de quitarnos las «lentes» de la razón.

¿Quería decir con eso que intuir las cosas en el tiempo y en el espacio es una cualidad innata?

-De alguna manera sí. Lo que vemos depende además de si nos criamos en Groenlandia o en la India. Pero en todas partes experimentamos el mundo como procesos en el tiempo y en el espacio. Es algo que podemos decir de antemano.

-¿Pero no son el tiempo y el espacio algo que está fuera de nosotros?

-No, la idea de Kant es que el tiempo y el espacio pertenecen a la constitución humana. El tiempo y el espacio son ante todo cualidades de nuestra razón y no cualidades del mundo.

-Ésta es una nueva manera de verlo.

-Quiere decir que la conciencia del ser humano no es una «pizarra» pasiva que sólo recibe las sensaciones desde fuera. Es un ente que moldea activamente. La propia conciencia contribuye a formar nuestro concepto del mundo. Tal vez puedas compararlo con lo que ocurre cuando echas agua en una jarra de cristal. El agua se adapta a la forma de la jarra. De la misma manera se adaptan las sensaciones a nuestras «formas de sensibilidad».

-Creo que entiendo lo que dices.

-Kant decía que no sólo es la conciencia la que se adapta a las cosas. Las cosas también se adaptan a la conciencia. Kant lo llamaba el «giro copernicano» en la cuestión sobre el conocimiento humano. Con eso quería decir que la idea era tan nueva y tan radical mente diferente a las ideas antiguas como cuando Copérnico había señalado que es la Tierra la que gira alrededor del sol, y no al revés.

-Ahora entiendo lo que quería decir cuando decía que tanto los racionalistas como los empiristas tenían algo de razón. En cierta manera los racionalistas se habían olvidado de la importancia de

la experiencia,, y los empiristas habían cerrado los ojos a cómo nuestra propia razón marca nuestra percepción del mundo.

-Y la propia ley de causa-efecto, que en opinión de Hume no podía ser percibida por el ser humano, forma parte, según Kant, de la razón humana.

-¡Explica!

-Te acordarás de que Hume había afirmado que sólo es nuestro hábito el que hace que percibamos una conexión necesaria de causas detrás de todos los procesos de la naturaleza. Según Hume no podíamos percibir que la bola negra de biliar era la causa de que la bola blanca se pusiera en movimiento, Por lo tanto tampoco podemos afirmar que la bola negra siempre pondrá a la bola blanca en marcha.

-Me acuerdo.

-Pero justamente eso, que según Hume no se puede probar, Kant lo incluye como una cualidad de la razón humana. La ley causal rige siempre y de manera absoluta simplemente porque la razón del hombre capta todo lo que sucede como una relación causa-efecto,

-Yo prefiero creer que la ley causal está en la

misma naturaleza y no en los seres humanos.

-La idea de Kant es que al menos está en nosotros.

Está de acuerdo con Hume en que no podemos saber nada seguro sobre cómo es el mundo «en sí». Sólo podemos saber cómo es «para mí», es decir para todos los seres humanos. Esta separación que hace Kant entre «das Ding an sich» y «das Ding für mich» («la cosa en si» y «la cosa para mí» , constituye su aportación más importante a la filosofía.

-No soy muy buena en alemán.

-Kant hizo una clara separación entre la «cosa en sí» y la «cosa para mi». Nunca podremos saber del todo cómo son las cosas «en sí». Sólo podemos saber cómo las cosas aparecen ante nosotros. En cambio antes de cada experiencia podemos decir algo sobre cómo las cosas son percibidas por la razón de los hombres.

-¿Podemos?

-Antes de salir por la mañana no puedes saber nada de lo que vas a ver o percibir durante el día. Pero puedes saber que aquello que veas y experimentes lo percibirás como un suceso en el

tiempo y en el espacio. Además puedes estar segura de que la ley causal rige simplemente porque la llevas encima, como una parte de tu conciencia.

-¿Pero podríamos haber sido creados distintos?

-Si, podríamos haber tenido otros sentidos, y otro sentido del tiempo y otra percepción del espacio. Además podríamos haber sido creados de manera que no hubiéramos buscado las causas de los sucesos de nuestro entorno.

-¿Tienes algún ejemplo?

-Imagínate un gato tumbado en el suelo. Imagínate que una pelota entra en la habitación. ¿Qué haría el gato en ese caso?

-Lo he visto muchas veces. El gato correría detrás de la pelota.

-De acuerdo. imagínate luego que eres tú la que estás sentada en una habitación y que de pronto entra una pelota rodando. ¿Tú también te irías corriendo detrás de la pelota?

-Antes de hacer algo giraría la cabeza para ver de dónde viene la pelota.

-Sí, porque eres una persona, y buscarás indefectiblemente la causa de cualquier suceso. La

ley causal forma parte, pues, de tu propia constitución.

-¿Eso es verdad?

-Hume había señalado que no podemos percibir ni probar las leyes de la naturaleza. Esto le inquietaba a Kant, pero pensaba que sería capaz de señalar la absoluta validez de las leyes de la naturaleza mostrando que en realidad estamos hablando de las leyes para el conocimiento humano.

-¿Un niño pequeño daría la vuelta para averiguar quién ha tirado la pelota?

-Tal vez no. Pero Kant señala que la razón en un niño no se desarrolla totalmente hasta que no tiene material de los sentidos con el que trabajar. En realidad no tiene ningún sentido hablar de una razón vacía.

-No, sería una extraña razón.

-Entonces podemos hacer una especie de resumen. Según Kant hay dos cosas que contribuyen a cómo las personas perciben el mundo. Una son las condiciones exteriores, de las cuales no podemos saber nada hasta que las percibimos. A esto lo podemos llamar el material del conocimiento. La

segunda son las condiciones internas del mismo ser humano, por ejemplo, el que todo lo percibimos como sucesos en el tiempo y en el espacio y además como procesos que siguen una ley causal inquebrantable. Esto lo podríamos llamar la forma del conocimiento.

Alberto y Sofía se quedaron sentados mirando un instante por la ventana. De pronto Sofía vio a una niña que apareció entre los árboles al otro lado del lago.

-¡Mira! -dijo Sofía-. ¿Quién es?

No lo sé.

Apareció solamente durante unos instantes, luego desapareció. Sofía se dio cuenta de que llevaba algo rojo en la cabeza.

-De todas formas no debemos dejarnos distraer por cosas así.

-Continúa entonces.

-Kant también señaló que está claramente delimitado lo que el hombre puede conocer mediante la razón. podríamos decir quizás que las «lentes» de la razón ponen algunos de esos límites.

-¿Cómo?

-¿Recuerdas que los filósofos anteriores a Kant

discutieron las «grandes» cuestiones filosóficas, por ejemplo si el hombre tiene un alma inmortal, si hay un dios, si la naturaleza está formada por partículas pequeñas indivisibles o si el universo es finito o infinito?

_Sí.

-Kant pensaba que el ser humano no puede obtener conocimientos seguros sobre tales cuestiones, lo cual no significa que rechace ese tipo de planteamientos. Al contrario. Si hubiera rechazado esas cuestiones sin más, no podríamos considerarlo un auténtico filósofo.

-¿Entonces qué hizo?

-Tienes que tener un poco de paciencia. Cuando se refiere a las grandes cuestiones filosóficas, Kant opina que la razón opera fuera de los límites del conocimiento humano. Al mismo tiempo es inherente a la naturaleza del hombre, o a su razón, una necesidad fundamental de plantear precisamente cuestiones de este tipo. Pero cuando preguntamos, por ejemplo, si el universo es finito o infinito, planteamos una pregunta sobre una unidad de la que nosotros mismos formamos una pequeña parte. Por lo

tanto jamás podremos conocer plenamente esa unidad.

-¿Por qué no?

-Cuando te pusiste las gafas rojas demostramos que según Kant hay dos elementos que contribuyen a conocimiento del mundo.

-La percepción y la razón.

Sí, el material de nuestros sentidos nos viene a través de los sentidos, pero el material también se adapta a las cualidades de la razón. Forma parte, por ejemplo, de las cualidades de la razón el preguntar por la causa de un suceso.

-Como por ejemplo el por qué una pelota rueda por el suelo.

-Si quieres. Pero cuando nos preguntamos de dónde procede el mundo y discutimos las posibles respuestas, entonces la razón está en cierta manera vacía, porque no tiene ningún material de los sentidos que «tratar», no tiene ninguna experiencia en la que apoyarse. Porque no hemos percibido jamás toda aquella inmensa realidad de la que constituimos una pequeña parte.

De alguna manera somos una pequeña parte de

la pelota que rueda por el suelo. Y entonces no podemos saber de dónde viene.

-Pero una cualidad de la razón humana siempre será el preguntar de dónde viene la pelota. Por eso preguntamos constantemente, esforzándonos al máximo por encontrar respuestas a las cuestiones últimas. Pero nunca obtenemos respuestas seguras porque la razón no tiene material para contestar.

-Desde luego. Es una sensación que conozco muy bien.

En cuanto a esas cuestiones fundamentales referentes a toda la realidad, Kant mostró que ocurrirá siempre que dos puntos de vista sean igualmente probables o improbables partiendo de lo que nos pueda decir la razón humana.

Ejemplos, por favor.

Tan sensato resulta decir que el mundo tiene que tener un principio como decir que no tiene tal principio, porque ambas posibilidades son igualmente imposibles de imaginar por la razón. Podemos afirmar que el mundo ha existido siempre, ¿pero puede algo haber existido desde siempre sin que nunca haya tenido un principio? Ahora estamos

obligados a asumir el punto de vista contrario. Decimos que el mundo tiene que haber surgido alguna vez y entonces tiene que haber surgido de la nada, si no, simplemente habríamos hablado de un cambio de un estado a otro. ¿Pero puede algo surgir de la nada, Sofia?

-No, las dos posibilidades resultan igualmente inconcebibles. Al mismo tiempo una tiene que ser correcta y la otra equivocada.

-Recordarás que Demócrito y los materialistas señalaron que la naturaleza tenía que estar compuesta por unas partes muy pequeñas de las cuales todas las cosas están compuestas. Otros, por ejemplo Descartes, pensaban que la realidad extensa siempre debe poder dividirse en partes cada vez más pequeñas. ¿Pero quién de ellos tenía razón?

-Los dos... ¿o ninguno?

-Por otra parte muchos filósofos han señalado la libertad de la persona como una de sus cualidades más importantes. Al mismo tiempo nos hemos encontrado con filósofos, entre los que están Spinoza y los estoicos, que opinan que todo sucede de acuerdo con las leyes necesarias de la naturaleza.

También en lo referente a este punto, Kant pensaba que la razón del ser humano no es capaz de emitir ningún juicio seguro.

-Tan razonable como irrazonable sería afirmar cualquiera de las dos cosas.

-Y finalmente, también fracasaremos si mediante la razón intentamos probar la existencia de Dios. Sobre este tema, los racionalistas, por ejemplo Descartes, habían intentado demostrar que tiene que haber un dios simplemente porque tenemos una idea de un «ser perfecto». Otros, por ejemplo Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, dedujeron que tiene que haber un dios porque todas las cosas tienen que tener una causa inicial.

-¿Y qué opina Kant?

-Rechaza las dos pruebas de la existencia de Dios. Ni la razón ni la experiencia poseen ningún fundamento seguro para poder afirmar que existe un dios. Para la razón es tan probable como improbable que haya un dios.

-Pero empezaste diciendo que Kant quiso salvar los fundamentos de la fe cristiana.

-Sí, efectivamente abre la posibilidad de una di-

mencción religiosa. Donde fracasan la experiencia y la razón surge un vacío que puede llenarse de religiosa.

-¿Y de esa manera salvó el cristianismo?

-Puedes expresarlo así, si quieres. Hay que tener en cuenta que Kant era protestante. Desde la Reforma un rasgo característico del cristianismo protestante es que se ha basado en la fe. Desde la Edad Media la Iglesia católica ha tenido más confianza en que la razón pueda servir de apoyo a la fe.

-Entiendo.

Pero Kant no se contentó con afirmar que estas cuestiones últimas tienen que dejarse en manos de la fe del hombre, sino que también era prácticamente necesario para la moral de los hombres suponer que tienen un alma inmortal, que hay un dios, y que el hombre tiene libre albedrío.

Entonces hace casi como Descartes. Primero estuvo muy crítico, según estamos viendo. Luego se mete por la puerta de atrás a Dios y a algo más.

-Pero al contrario que Descartes, Kant no deja de señalar clarísimamente que no es la razón la que

ha llevado a este punto de vista, sino la fe. A esta fe en un alma inmortal, en la existencia de un dios y en el libre albedrío la denomina postulados prácticos.

-¿Y qué significa eso?

-«Postular» significa afirmar algo que no se puede probar. Con «postulado práctico», Kant se refiere a algo que hay que afirmar para la «práctica» del hombre, es decir para la moral del hombre. «Es moralmente necesario suponer la existencia de Dios», decía.

De pronto alguien llamó a la puerta. Sofía se levantó, pero al ver que Alberto no hacía ningún ademán de levantarse, ella dijo:

-¿Tendremos que abrir, no?

Alberto se encogió de hombros, pero finalmente se levantó él también. Abrieron la puerta y vieron fuera una niña que llevaba un vestido blanco de verano y una capucha roja en la cabeza. Era la misma niña que habían visto al otro lado del pequeño lago. Llevaba una cesta con comida colgada del brazo.

-Hola -dijo Sofía-. ¿Quién eres tú?

-¿No ves que soy Caperucita Roja?

Sofía miró a Alberto, y Alberto asintió.

-¿Has oído lo que acaba de decir?

-Estoy buscando la casa de mi abuela -dijo la niña- Está vieja y enferma y le traigo comida.

-No es aquí -dijo Alberto-. Así que debes darte prisa y seguir tu camino.

Lo dijo haciendo un gesto con la mano que a Sofía le recordó al gesto que se hace para ahuyentar a una mosca molesta.

Pero tengo que entregar una carta -continuó la niña de la capucha roja.

Sacó un pequeño sobre que dio a Sofía. A continuación, prosiguió su camino.

-¡Cuidate del lobo! -gritó Sofía.

Alberto estaba ya entrando en la salita de nuevo. Sofía le siguió y se sentó en el mismo sillón de antes.

-Fíjate, era Caperucita Roja -dijo Sofía.

-Y no sirve de nada avisarla. Ahora irá a casa de su abuela, y allí la comerá el lobo. No aprenderá nunca, todo esto se repetirá eternamente.

Pero nunca he oído decir que llamara a otra puerta antes de llegar a casa de su abuela.

Un detalle insignificante, Sofía.

Entonces Sofía se fijó en el sobre que la niña le había dado. Fuera ponía «Para Hilde». Abrió el sobre y leyó en voz alta:

Querida Hilde. Si el cerebro del ser humano fuera tan sencillo que lo pudiéramos entender, entonces seríamos tan estúpidos que tampoco lo entenderíamos.

Abrazos, papá.

Alberto asintió.

-Es verdad. Y creo que Kant podría haber dicho algo parecido. No podemos esperar entender lo que somos.

Quizás podamos llegar a entender plenamente una flor o un insecto pero jamás podremos entendernos del todo a nosotros mismos. Y aún menos debemos esperar que vayamos a entender todo el universo.

Solía volvíó a leer la extraña frase una y otra vez, pero Alberto continuo.

-Habíamos dicho que no nos dejaríamos estorbar por monstruos marinos y cosas por el estilo. Antes de acabar hoy quiero explicarte la ética de

Kant.

-Date prisa, porque tengo que irme a casa pronto.

-El escepticismo de Hume sobre lo que nos pueden decir la razón y los sentidos obligó a Kant a reflexionar de nuevo sobre algunas de las cuestiones vitales, entre ellas las del campo de la moral.

-Hume dijo que no se puede probar lo que es bueno y lo que es malo, porque del «es» no podemos deducir el «debe ser».

Según Hume no eran ni nuestra razón ni nuestros sentidos los que decidían la diferencia entre el bien y el mal. Eran simplemente los sentimientos. Este fundamento le pareció poco sólido a Kant.

-Lo comprendo muy bien.

-Kant partía ya del punto de vista de que la diferencia entre el bien y el mal es algo verdaderamente real. En eso estaba de acuerdo con los racionalistas, quienes habían señalado que es inherente a la razón del hombre el saber distinguir entre el bien y el mal. Todos los seres humanos sabemos lo que está bien y lo que está mal, y lo sabemos no sólo porque lo hemos aprendido, sino

porque es inherente a nuestra mente. Según Kant todos los seres humanos tenemos una «razón práctica», es decir una capacidad de razonar que en cada momento nos dirá lo que es bueno y lo que es malo moralmente.

-¿Entonces es algo innato?

-La capacidad de distinguir entre el bien y el mal es tan innata como las demás cualidades de la razón. De la misma manera que todos los seres humanos tienen las mismas formas de razón, por ejemplo el que percibamos todo como algo determinado causalmente todos tenemos también acceso a la misma ley moral universal. Esta ley moral tiene la misma validez absoluta que las leyes físicas de la naturaleza. Tan fundamental es para nuestra vida moral que todo tenga una causa como para nuestra vida racional que $7+5=12$.

-¿Y qué dice esa ley moral?

-Dado que es anterior a cualquier experiencia, es «formal», es decir, no está relacionada con determinadas situaciones de elección moral. Es válida para todas las personas en todas las sociedades y en cualquier época. No te dice, por

tanto, que no debes hacer esto o aquello si te encuentras en esta o aquella situación. Te dice cómo debes actuar en todas las situaciones.

-¿Pero de qué nos sirve tener dentro una «ley moral» si no nos dice nada sobre cómo debemos actuar en situaciones determinadas?

-Kant formuló la ley moral como un imperativo categórico, con lo cual quiso decir que la ley moral es «categórica», es decir, válida en todas las situaciones. Además es un «imperativo», es decir, es «preceptiva» o, en otras palabras, completamente ineludible.

-Vale...

-No obstante, Kant formula este «imperativo categórico» de varias maneras. En primer lugar dice que «siempre debes actuar de modo que al mismo tiempo desees que la regla según la cual actúas pueda convertirse en una ley general».

-Quiere decir que cuando yo hago algo tengo que asegurarme de que desearía que todos los demás hicieran lo mismo si se encontrasen en la misma situación. ¿Es eso?

Exactamente. Sólo así actúas de acuerdo con la

ley moral que tienes dentro. Kant también formuló el imperativo categórico diciendo que «siempre debes tratar a las personas como si fueran una finalidad en sí y no sólo un medio para otra cosa».

-¿No debemos «utilizar» a otras personas con el fin de conseguir ventajas para nosotros mismos?

-Eso es. Pues toda persona es una finalidad en sí. Pero no sólo se refiere a los demás, también es válido para uno mismo. Tampoco tienes derecho a usarte a ti mismo como un mero medio para conseguir algo.

-Esto recuerda un poco la «regla de oro» que dice que debes hacer a los demás lo que quieres que los demás te hagan a ti.

-Sí, y es una norma formal que en el fondo abarca a todas las situaciones de elección ética. También puedes decir que la «regla de oro» expresa lo que Kant llama «ley moral».

-Pero todo son simplemente afirmaciones. Hume tenía razón en decir que no podemos probar con la razón lo que es bueno y lo que es malo.

-Según Kant, la ley moral es tan absoluta y de validez tan general como por ejemplo la ley de

causalidad, que tampoco puede ser probada mediante la razón, y que sin embargo es totalmente ineludible. Nadie desea refutarla.

-Tengo la sensación de que en realidad estamos hablando de la conciencia. Porque todo el mundo tendrá una conciencia, ¿no?

-Sí. Cuando Kant describe la ley moral, es la conciencia del hombre lo que describe. No podemos probar lo que dice la conciencia, pero de todos modos lo sabemos.

-Algunas veces a lo mejor sólo soy buena con los demás porque me merece la pena. Puede ser una manera de hacerse popular, por ejemplo.

-Pero si compartes algo con los demás sólo con el fin de hacerte popular, entonces no actúas por respeto a la ley moral. A lo mejor actúas de acuerdo con ella, y eso está bien, pero para que algo pueda llamarse «acto moral», tiene que ser el resultado de una superación personal. Si haces algo sólo porque piensas que es tu obligación cumplir la ley moral, se puede hablar de un acto moral. Por eso la ética de Kant se suele denominar ética de obligación.

Yo puedo sentir que es mi obligación recoger di-

nero para Cáritas y Manos Unidas.

-Sí, y lo decisivo es que lo harías porque opinas que es lo correcto. Aunque el dinero recogido desapareciera en el camino, o no llegara a alimentar a aquellos a los que estaba destinado, habrías cumplido con la ley moral. Habrías actuado con una actitud correcta, y según Kant es la actitud lo que es decisivo para poder determinar si se trata o no de un acto moral. No son las consecuencias del acto las que son decisivas. Por ello también llamamos a la ética de Kant ética de intención.

-¿Por qué era tan importante para él saber si actuabas respetando la ley moral? ¿Lo más importante no es que lo que hagamos sirva a los demás?

-Pues sí, Kant no estaría en desacuerdo con eso. Pero sólo cuando sabemos que actuamos respetando la ley moral actuamos en libertad.

-¿Sólo cumpliendo una ley actuamos en libertad? ¿No suena eso un poco extraño?

-Según Kant no lo es. Recordarás que tuvo que «postular» que el hombre tiene libre albedrío. Este es un punto importante, porque Kant también pensaba

que todo sigue la ley causal. ¿Entonces cómo podemos tener libre albedrío?

-A mí no me lo preguntes.

-Kant divide al hombre en dos, y lo hace de una manera que recuerda a Descartes y al hombre como «ser doble» porque tiene a la vez un cuerpo y una razón. Como seres con sentidos estamos totalmente expuestos a las inquebrantables leyes causales, pensaba Kant. Nosotros no decidimos lo que percibimos, las percepciones nos llegan necesariamente y nos caracterizan, lo queramos o no. Pero los seres humanos no somos únicamente seres con sentidos, sino que también somos seres con razón.

-Explícate

_Como seres que percibimos pertenecemos plenamente a la naturaleza. Por lo tanto también estamos sometidos a la ley causal. Y en ese sentido no tenemos libre albedrío. Pero como seres de la razón formamos parte de lo que Kant llama «das Ding an sich», es decir del mundo tal como es en si, independientemente de nuestras percepciones. Únicamente cuando cumplimos nuestra «razón prác-

tica», que hace que podamos realizar elecciones morales, tenemos libre albedrío. Porque cuando nos doblegamos ante la ley moral somos nosotros mismos los que creamos la ley por la que nos guiamos.

-Sí, eso es de alguna manera verdad. Soy yo, o algo dentro de mí, la que dice que no debo comportarme mal con los demás.

-Cuando eliges no comportarte mal, aun cuando puedas perjudicar tus propios intereses, entonces actúas en libertad.

-Lo que está claro es que no se es libre ni independiente cuando uno simplemente se deja guiar por sus deseos

-Se puede uno volver «esclavo» de muchas cosas. Incluso de su propio egoísmo. Pues se requiere independencia y libertad para elevarse por encima de los deseos de uno.

-¿Y los animales, qué? Ellos sí siguen sus deseos y sus necesidades. ¿No tienen ninguna libertad para cumplir una ley moral?

-No. Precisamente esa libertad es la que nos convierte en seres humanos.

-Pues sí, ahora lo entiendo.

-Finalmente podemos mencionar que Kant logró sacar a la filosofía del embrollo en que se había metido en cuanto a la disputa entre racionalistas y empiristas. Con Kant muere por tanto una época de la historia de la filosofía. Él murió en 1804, justo cuando comienza a florecer la época llamada Romanticismo. En su tumba en Königsberg se puede leer una de sus más famosas citas. Hay dos cosas que llenan su mente cada vez de más admiración y respeto, pone, y es «el cielo estrellado encima de mí y la ley moral dentro de mí». Y continúa: «Son para mí pruebas de que hay un Dios por encima de mí y un Dios dentro de mí».

Alberto se echó hacia atrás en el sillón.

-Ya está -dijo-. Creo que hemos dicho lo más importante sobre Kant.

-Además son las cuatro y cuarto.

-Pero hay algo más, espera un momento, por favor.

-Nunca me voy de la clase hasta que el profesor ha dicho que ha acabado.

-¿Dije que Kant piensa que no tenemos ninguna

libertad si sólo vivimos como seres perceptivos?

-Sí, dijiste algo por el estilo.

-Pero si nos dejamos guiar por la razón universal, entonces seremos libres e independientes. ¿También dije eso?

-Sí. ¿Por qué lo repites ahora?

Alberto se inclinó hacia Sofía mirándola a los ojos y susurró:

-No te dejes impresionar por todo lo que veas, Sofía.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Date la vuelta, hija mía.

-No te entiendo.

-Es corriente decir «Si no lo veo, no lo creo».

Pero ni aun entonces deberás creerlo.

-Algo así me dijiste antes.

-Referente a Parménides, sí.

__Pero sigo sin entender lo que quieres decir.

-¡Vaya! Pues que estábamos sentados allí fuera en la escalera charlando. Y entonces un «monstruo marino» comenzó a moverse en el agua.

-¿Y eso no era extraño?

-En absoluto. Luego llega Caperucita Roja y

llama a la puerta. «Estoy buscando la casa de mi abuelita.» Es una vergüenza, Sofía. No es más que el teatro puesto en escena por el mayor. Igual que los comunicados dentro de plátanos y tormentas imprudentes.

-Crees...

-Pero te dije que tengo un plan. Mientras sigamos nuestra propia razón él no logrará engañarnos. Entonces somos libres de algún modo. Porque, aunque él nos pueda hacer “percibir» muchas cosas, nada me va a sorprender. Si llega a oscurecer el cielo con elefantes voladores apenas haré un gesto con la boca. Pero siete más cinco son doce. Ése es un conocimiento que sobrevive a cualquier efecto de dibujos animados. La filosofía es lo contrario del cuento.

Sofía se quedó un instante mirándole asombrada.

-Ya te puedes marchar -dijo Alberto finalmente- Te convocaré a una nueva reunión sobre el Romanticismo. Vamos a hablar sobre Hegel y Kierkegaard. Pero sólo falta una semana para que el mayor aterrice en el aeropuerto de Kjevik. Antes de

esa fecha tendremos que librarnos de su pegajosa imaginación. No digo nada más, Sofía. Pero debes saber que estoy trabajando en un maravilloso plan para los dos.

-Entonces me voy.

-Espera. Tal vez nos hemos olvidado de lo más importante.

-¿De qué?

-La canción de cumpleaños, Sofía. Hoy Hilde cumple quince años.

-Y yo también.

-Tú también, sí. Cantemos.

Se levantaron los dos y cantaron:

-¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Eran las cuatro y media. Sofía bajó corriendo al lago y cruzó remando hasta la otra orilla. Arrastró la barca hasta los juncos y comenzó a correr a través del bosque.

Ya en el sendero vio de repente moverse algo entre los troncos de los árboles. Se acordó de Caperucita Roja, que había ido sola por el bosque para visitar a su abuela, pero la figura que vio entre

los árboles era mucho más pequeña.

Sofía se acercó. La figura no era más grande que una muñeca, era de color marrón, y llevaba un jersey rojo.

Sofía se quedó parada cuando se dio cuenta de que era un osito de peluche.

El que alguien se hubiera dejado un osito de peluche en el bosque no era en sí nada misterioso. Pero este osito estaba vivo, al menos estaba haciendo alguna cosa.

¿Hola? -dijo Sofía.

El pequeño osito se giró bruscamente.

-Yo me llamo Winnle Pooh. Desgraciadamente me he perdido en este bosque en este día que, de otra manera, habría sido un día estupendo. A ti nunca te había visto antes.

-Quizás es que nunca he estado aquí antes dijo Sofía-. En ese caso puede que tú estés en tu Bosque de los Cien Metros.

-No, ese problema de matemáticas es demasiado difícil para mí. Recuerda que sólo soy un oso con poca razón.

-He oído hablar de ti.

__Serás tú a la que llaman Alicia. Christopher Robin me habló de ti. Bebiste tanto de una botella que te hiciste más y más pequeña. Pero luego bebiste de otra botella y entonces volviste a crecer. Hay que tener cuidado con lo que uno se mete en la boca. Yo una vez comí tanto que me quedé atascado en una madriguera de conejos.

-Yo no soy Alicia.

-No importa nada quiénes somos. Lo que importa es qué somos. Lo dice el Búho, y él tiene mucha razón. Siete más cuatro son doce, dijo una vez en un día de sol completamente normal. Mis amigos y yo nos sentimos muy avergonzados porque los números son muy difíciles de utilizar. Es mucho más fácil calcular el tiempo.

-Yo me llamo Sofía.

-Me alegro, Sofía. Supongo que debes de ser nueva en este bosque. Pero ahora me tengo que ir a buscar al Cerdito porque vamos a una fiesta en el jardín de la casa de otro amigo.

Le dijo adiós con una pata y Sofía descubrió que llevaba una notita en la otra.

-¿Qué tienes ahí? -preguntó ella.

Winnie Pooh levantó la notita y dijo:

-Por culpa de esto me perdí.

-Pero si sólo es un papelito.

-No, no es en absoluto «sólo un papelito». Es una carta para la Hilde del Espejo.

-Ah bueno, entonces la puedo coger yo.

-¿Pero tú no eres la chica del espejo, no?

-No, pero...

-Una carta siempre debe entregarse a la persona en cuestión. Ayer mismo me lo tuvo que explicar Christopher Robin.

-Pero yo conozco a Hilde.

-No importa. Aunque conozcas muy bien a una persona no debes leer sus cartas.

-Quiero decir que se la puedo dar a Hilde.

-Ah, eso es otra cosa. Toma, Sofía. Si me libras de la carta, encontraré la casa del Cerdito. Para que tú encuentres a Hilde, primero tendrás que encontrar un gran espejo. Pero eso no te resultará fácil por aquí.

Y el osito le dio a Sofía el papelito que llevaba en la mano. A continuación comenzó a correr bosque adentro con sus patitas. Cuando hubo desaparecido,

Sofía desdobló la nota y leyó su contenido:

Querida Hilde. Me parece vergonzoso que Alberto no contara a Sofía que Kant abogó por la creación de una «federación de los pueblos». En su escrito *La paz perpetua* escribió que todos los países deberían unirse en una «federación de los pueblos» que se ocuparía de conseguir una pacífica coexistencia entre las distintas naciones.

Aproximadamente 125 años después de la publicación de este escrito en 1795, se creó la llamada «Sociedad de Naciones» tras la Primera Guerra Mundial. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la Sociedad de Naciones fue sustituida por las Naciones Unidas. Se podría decir que Kant es una especie de padrino de la idea de la ONU. Kant pensaba que la «razón práctica» de los hombres impone a los Estados que se salgan de ese «estado natural» que causa tantas guerras, y que creen un nuevo sistema de derecho internacional que las impida. Aunque el camino hasta la creación de una sociedad sea largo, es nuestra obligación trabajar a favor de un «generalizado y duradero seguro de paz». Para Kant la creación de una sociedad tal era una meta

muy lejana, casi podríamos decir que era la máxima meta de la filosofía. Yo, por mi parte me encuentro en la actualidad en el Líbano.

Abrazos, papá.

Sofía se metió la notita en el bolsillo y continuó hacia casa. Contra estos encuentros en el bosque le había advertido Alberto. Pero ella tampoco podía dejar que el osito errara eternamente por el bosque buscando a la Hilde del espejo.